

gond Uribe o el padre Giraldo, o si se trata acaso de una página de Laureano Gómez.

El homenaje justifica el libro. La obra de la Fundación Gabriel Giraldo debe ser impulsada. Es esta obra, por ahora, el mejor documento escrito que poseemos de aquella vida que reclama unas improbables memorias o una biografía bien lograda. Nada obsta para que en el futuro alguien la emprenda. Yo, por mi parte, uno de los dos mil hijos del padre Giraldo, no puedo considerar esta serie de entrevistas como el recuerdo palpable, definitivo y perdurable de la figura inolvidable de un verdadero maestro.

LUIS H. ARISTIZABAL

## Nada explica mejor la vida que un amanecer

### Himalaya

José Fernando Machado

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986, 269 págs.

Hay dos razones para ir al Himalaya: buscar los límites del propio ser y comprender que el miedo a la muerte es la forma más intensa de vivir. Por lo menos así piensan algunos montañistas. Para ellos, la montaña es tan sólo el medio para llegar a ese límite; y para lograr un mayor conocimiento de sí.

En el fondo, éste ha sido el anhelo de muchos viajeros. Desde Ulises. Las literaturas de todas las épocas están llenas de tales relatos.

A través de la historia, nuestra América ha sido la meta de innumerables aventureros que nos han dejado el recuento de sus viajes. Baste mencionar a Colón y a todos los que escribieron las crónicas maravillosas del descubrimiento. Otros siguieron sus pasos: Humboldt, Carlos Wiener, el

doctor Jules Crevaux. Ahora, son unos colombianos quienes viajan a un continente lejano para traernos sus crónicas. Se trata nada menos que del relato de lo visto y lo vivido por la primera excursión colombiana al Himalaya, escrito por José Fernando Machado, uno de los participantes.

El 9 de mayo de 1984 salen de Bogotá el instructor de la Cruz Roja de Ibagué, Manuel Antonio Barrios; Marcelo Arbeláez, estudiante de geología de la Universidad Nacional, y el arquitecto José Fernando Machado, presidente de la Asociación Colombiana de Montañismo. Posteriormente se les une Raymond Bodenmann, empleado suizo de la firma Nestlé en Bogotá.

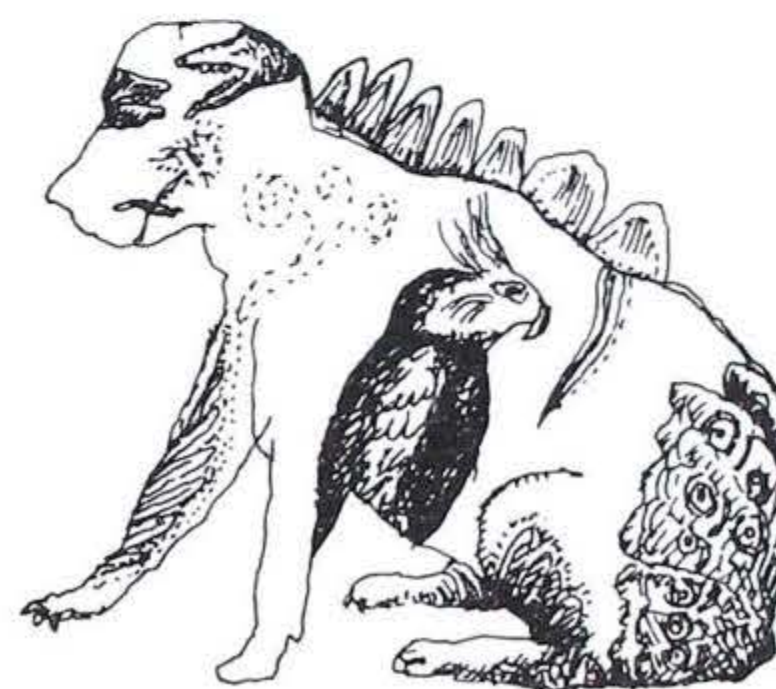
Van con destino a Pakistán, con el objeto de ascender el monte Falchan Kangri, una de las catorce montañas del mundo que sobrepasan los ocho mil metros sobre el nivel del mar, cerca de la frontera china. En realidad, es el duodécimo pico más elevado del planeta, también denominado Broad.

La primera etapa del viaje transcurre en Europa. En París adquieren los equipos necesarios; en Zurich finalizan los arreglos con la empresa Ski & Berg, especializada en organizar este tipo de excursiones. Así, los colombianos forman parte de un grupo mayor, con varios alpinistas europeos.

Pasan a Rawalpindi, la ciudad paquistaní que tiene al norte las montañas heladas y yermas del Himalaya, y al sur el horizonte ardiente y desolado del desierto de Thar. Allí se encuentran con sus cinco nuevos compañeros, entre quienes están el médico Martin Kraska y la única mujer del grupo, Hanna Müller. De acuerdo con las normas del país, el grupo debe ir acompañado por un oficial de enlace. Les corresponde el legendario Ashraf Aman, militar paquistaní del ala del ejército encargada del montañismo y del rescate, quien ha acompañado decenas de expediciones a los picos más famosos.

Ultimados los preparativos, parten en avión "sobre cientos o miles de cumbres inaccesibles, agujas de granito, aristas, paredes, cortinas de hielo, gargantas que forman desfila-

deros, canaletas, collados y crestas torturadas interminables" (pág. 53), hasta Sakardu, a orillas de Indo. Tras una corta etapa en campero a Dassu, empiezan a caminar los 140 kilómetros que los separan del pie de la montaña. Van por senderos a orillas del río Braldo, en un lento ascenso al sitio en donde levantan el campamento base, a cinco mil metros de altura. Hasta allí los acompañan 67 porteadores que transportan a las espaldas 1.700 kilos de equipos y alimentos.



En este recorrido pasan por aldeas de agricultores y pastores; pueblos baltíes, que habitan la cuenca del Indo y hablan idiomas descendientes del antiguo tibetano. Aquellos parajes están llenos de leyenda: con frecuencia se topan con las ruinas de las posadas de antiguas caravanas en la ruta hacia Turquestán o Cachemira. En ciertos pueblos, las observaciones son fantásticas. A tres mil metros encuentran las últimas poblaciones baltíes, que no utilizan la rueda, no beben coca-cola y a cuyas calles reemplazan terrazas que son prolongaciones de las propias viviendas.

El grupo disminuye a medida que avanza. Al rebajar las provisiones, quedan porteadores cesantes, a quienes cancelan sus servicios y devuelven hacia Dassu. A 4.800 metros sucede el primer accidente. Mahdí, un cargador, cae en una grieta oculta entre la nieve. Manolo, el socorrista de Ibagué, lo salva. Desde ese momento, los colombianos se hacen famosos entre los naturales y éstos empiezan a designarlos con el nombre genérico de Man-o-lu. Pero es la primera llamada de atención. El peligro se hace cada vez más inminente.





A cinco mil metros se topan con otra expedición: se trata de unos suizos que se dirigen a un pico cercano. Sus campamentos base estarán vecinos. Aquí quedan los servicios de enfermería, radioteléfono, cocina, depósito. La mayoría de los naturales parten de regreso.

A seis mil metros el organismo experimenta un deterioro paulatino; la permanencia a más de siete mil en buenas condiciones se reduce a días; y sobre ocho mil, a horas. A estas alturas, la presión del oxígeno es menor del 50% de la del nivel del mar. Hay cambios significativos en el ritmo cardíaco y en la respiración. Comienzan el insomnio, los dolores de cabeza, la pérdida de reflejos, las alucinaciones, la deshidratación, el mareo; piel, labios y lengua se resquebrajan por la sed y por la intensidad de los rayos del sol; amenaza el peligro de edemas pulmonares y cerebrales, de dedos congelados y de la necesidad de amputarlos a causa de la gangrena gaseosa. Además, el constante riesgo de los aludes, de las rodadas a precipicios indescriptibles, la pérdida del camino. Y como si fuera poco, disminución de la moral; brotan los sentimientos reprimidos, comienzan las recriminaciones entre colegas, el mal genio, la nostalgia, los sentimientos de culpa, y la pregunta obsesionante: "¿Quién me mandó a meterme en esto?".

A partir del campamento base deben ir fundando otros campamentos más elevados. Es una especie de yoyo. Suben un tramo y regresan. Luego intentan otro tramo mayor. Descansar no es suficiente. Para reponerse tienen que bajar a donde el aire no se encuentre tan enrarecido.

Todo parece estar en contra. Los días de tiempo favorable son escasos. Las fuerzas físicas y morales se desgastan. Las semanas corren, el dinero se acaba. Pero finalmente alcanzan el éxito. Con suerte, tesón y el apoyo de todo el grupo, un colombiano logra plantar su bandera a 8.047 metros, en el pico del Falchan Kangri, y todos regresan felices.

El estilo de la narración es fresco, directo, sin pretensiones literarias. Hay una voz narrativa que refiere los hechos en forma testimonial. Además, intercaladas de vez en cuando, aparecen notas del diario de Machado, de cierto carácter íntimo, lo que establece un contrapunto con la objetividad del resto del relato.

Encontramos además el producto de una interesante investigación. Aunque no se mencionan las fuentes bibliográficas, se hace referencia a otras expediciones, a escaladores famosos que murieron en su intento, a ciertos sucesos históricos y geográficos, que en su conjunto forman un telón de fondo de los hechos narrados. El texto está complementado por dos mapas muy ilustrativos sobre el desarrollo del ascenso. Harían falta, sí, otros mapas generales y, sobre todo, fotografías.

El autor repite varias veces la misma inquietud: "¿para qué subir a la montaña?". Los mismos paquistaníes no lo comprenden. Se unen a la expedición para ganarse una rupias. Pero se niegan a pasar de los cinco mil metros porque saben que en lo alto apenas hay hielo, soledad y muerte. Las respuestas para los escaladores occidentales tampoco son claras, pero no pueden dejar de subir. Tal vez quieran afrontar y conocer sus propias miserias. O simplemente asomarse a uno de los balcones más altos del planeta y de la creación. Después de una noche de pesadilla a seis o siete mil metros, con treinta grados bajo cero, con hambre y sed, cansancio y sueño atroces, solitario, perdido en medio de la ventisca, el escalador exclama ante la llegada del alba: "Nada explica mejor la vida que un amanecer" (pág. 266).

ALVARO PINEDA BOTERO

## Bogotá vista por sus alcaldes

Bogotá ayer, hoy y mañana

Juan Mosca (entrevistas,  
estructura y redacción)

Villegas editores, Bogotá, 1987, 303 págs.,  
ilustrado.

Publicado bajo los auspicios de la Asociación Probienestar Social (Aprobis), y con el patrocinio de diversas empresas estatales y privadas, este libro, de formato grande y fina presentación editorial, busca dar cuenta de la evolución de Bogotá en los últimos cincuenta años, con fundamento en testimonios de quince alcaldes que han gobernado la ciudad en este período, desde Germán Zea Hernández hasta Julio César Sánchez, quien hace la presentación de la obra.

El libro, por su naturaleza, se convierte en una suerte de herencia para los futuros mandatarios y para los interesados en estudiar las acciones administrativas y las tareas cumplidas en medio siglo. Obviamente, ofrece una visión muy distinta de la que podría dar un vecino de La Perseverancia o del norte. También contiene un anecdotario sobre la vida diaria y los usos bogotanos, que no deja de recordar los cuadros de costumbres del siglo pasado y hacen amable y divertida la lectura, especialmente en el primer capítulo, titulado "De la arcadia feliz a la aglomeración del siglo XX".

En las siguientes diez secciones desfilan, sin un sentido histórico muy riguroso, las ciudades que cada alcalde soñó, los intrincados problemas del presupuesto —el capítulo más árido—, la tela de araña del transporte público, los entretelones del caos y del progreso. Un índice onomástico, siempre útil, completa el libro, que carece de una cronología y de un sumario, siempre prácticos en esta clase de trabajos.